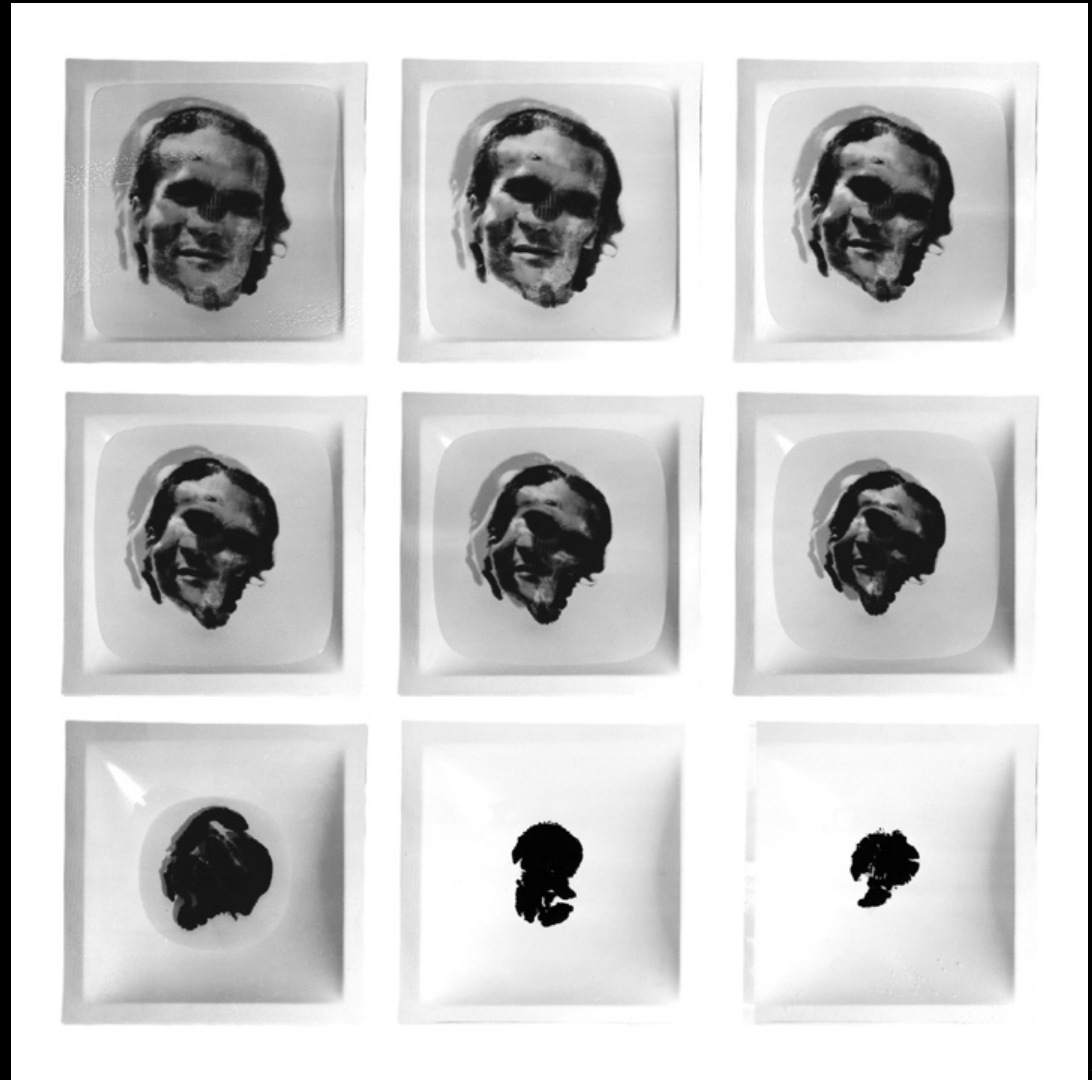


## VIII. LA OBRA

---





© Óscar Muñoz. Nombre obra. técnica. año. 000 x 000 cm.

# “Ante la imagen”.

## 42 Adagios (acerca de la obra de Óscar Muñoz)

---



SANTIAGO MUTIS DURÁN

### 1.

Nunca la imagen del hombre ha sido fijada sobre medios tan frágiles como los de hoy, y nunca la huella del hombre sobre el mundo ha sido tan profunda como la que estamos dejando hoy, haciendo temblar, incluso, el mañana.

Óscar Muñoz rehúsa suspender el proceso vital del tiempo, en su duro trabajo; tal vez sea precisamente esa su obra: negarse a detener el tiempo; solo acepta luchar con él, trabajar con él, dejarlo entrar en la casa y verlo llevarse lo que quiere.

La obra de Muñoz comienza donde la vida termina.

Óscar Muñoz fija su obra donde más nos duele, en el mal que hacemos.

Colombia: horrible certeza de no ser amados.

Óscar Muñoz quiere reducir el milagro de la luz a su dura desaparición, como el ácido que corroe blando el metal, como el tiempo que muerde la sensible memoria... dejando solo una sombra, una estela gris que se desvanece... una obra sobre fondo negro.

Cuando María Elvira Escallón mostró los salones quemados del club bogotano el Nogal, todo ese lujo hecho cenizas, en la inaguantable fricción tectónica de las capas sociales irreconciliables, nos lo mostró dejando la cámara de video

**CÓMO CITAR:** Mutis Durán, Santiago. “Ante la imagen”. *Desde el Jardín de Freud* 16 (2016): 325-334, doi: 10.15446/dfj.n16.58172.

© Obra plástica: Óscar Muñoz

quieta, como si fuera una silenciosa fotografía, mostrándonos aquellas feas ruinas trágicas, pero dejando abierto “el audio”, de manera que sobre esa quietud y esa vida violentamente suspendida se oía el ansioso tráfico de la ciudad, los automóviles de una de las principales avenidas de la ciudad acosándose unos a otros, indiferentes, todo ese ruido de la vida cotidiana incesante sobre aquellas vidas que habían cesado ya, esa exasperante movilidad sobre esta vida inmóvil y deshecha, como un viento atroz soplando sobre estas cenizas que aún dibujaban la vida que habían sido. Un tiempo sobre otro tiempo, sobre otro... que no se detienen! Así son muchas obras de Muñoz: rehúsa detener el tiempo, y los tiempos de la vida y las vidas mismas se superponen, unas sobre otras, o simultaneas, como en aquella canción de Navidad que se oía en los Estados Unidos mientras la radio transmitía las noticias de sus bombardeos en Vietnam... Una realidad que se superpone a otra: un sonido ajeno sobre una imagen, una voz sobre otra que dice lo contrario, una imagen que pasa sobre otra imagen que no se mueve... Y ya nunca más los puedes separar, como en aquel viejo cuadro de René Magritte en donde el paisaje que se ve tras el vidrio de la ventana es el paisaje verdadero y se quiebra como si fuera de cristal (dicen los ecólogos que los árboles llaman las nubes, que llegan con la lluvia; sí, el agua del mundo y los viejos árboles se entienden).

Más real que lo real, la consistencia de estas vidas —que algunas son también las nuestras— son como las que nos cuenta Emily Dickinson de su infancia: *Cuando era niña, notaba que la gente —de pronto— desaparecía*. Y eso le puede pasar a cualquiera. ¡De hecho, nos está pasando en este momento!

Tal vez una criatura de vida más lenta que la nuestra, más prolongada y más atenta, nos vea como nos ve Óscar Muñoz... pasando, pasando de una nada a otra, de una sombra a otra, de prisa, sin ni siquiera tener tiempo de despedirnos!

El lenguaje técnico con el que hablamos de la obra de Muñoz nos oculta su dolorosa visión, su terrible humanidad, su reclamo a una sociedad que miente, y también —este lenguaje profesional— nos oculta su poesía.

Sus procedimientos son, digamos, “posmodernos”, abiertamente “contemporáneos” —su conceptualismo: vigoroso, político, plástico, poético...; la instalación abierta que hace con su obra, que se expande y apropia del espacio, y también del tiempo, que circula por ella; la irradiación de la obra que sucede más allá de ella misma desvaneciendo las fronteras; el uso de materiales y de medios que se hace ajenos a sí mismos...—, sin embargo estos procedimientos no anclan en la representación, en reflexiones sobre la representación ni en su análisis, él les exige un lenguaje humano, les exige bondadosamente que hablen el lenguaje del hombre, y que le digan fuerte, al corazón, a sus entrañas, a su cerebro, a su esquivia ética, que le digan la verdad, aquello que su debilidad nos oculta.

Como la planta que admiramos, con sus lustrosas hojas y sus estaciones, y creemos estable, que así ha sido siempre, que esta ha sido su forma desde el origen, pero así nos lo hace creer nuestra corta vida, el brevísimo tiempo que podemos verla; pero si viviéramos tanto como uno de esos gigantes del bosque de secuoyas, la habríamos visto danzar en los siglos, cambiar la pequeña constelación de sus semillas, alargar el cuello buscando la luz, iluminar el laberinto de sus flores, pulir sus espinas, elaborar un poquito de veneno en sus tallos, o aprender a ser más llamativas para sus abejas... Miles de años vistos en un instante de atención serían la deslumbrante danza de una criatura, tan viva, inteligente e inquieta como un niño, o una estrella. Lenta, hermosa, sabia evolución que ni siquiera podemos imaginar; nuestra vida desatenta, nuestro breve tiempo, nuestra sordera con el pasado y nuestro mezquino interés... nos lo impiden. Vivimos poco, vemos poco, curioseamos poco, atendemos poco... Nada sabemos del tiempo, ese viejo milagro que hemos encadenado hasta su miseria última. Algo de esta condición remedia Óscar Muñoz. Se han hecho amigos —como el tiempo es también amigo de la muerte, ambos tan comunicables—, lo ha visto trabajar, lo ha visto como un mar blanco al que acudimos a llevar nuestros muertos, lo ha visto detenerse a contemplar, lo ha visto llevarse a la gente, y nos ha visto a nosotros imitarlo, desapareciendo a la gente como él lo hace, soplarle en su rostro de arena.

Él sabe que una imagen es cosa viva, o que muchas veces en ellas nos va la vida, como en las cartas... y la perdemos.

La mujer que se fue tras un largo corredor y desapareció en la brillante luz de la puerta del fondo de aquel edificio de infancia, *volvió*, apareció un día, años después, en la oscuridad de un laboratorio fotográfico, surgiendo de las aguas... del tiempo: la fotografía, objeto bello y vulnerable, imagen en el tiempo, o el tiempo mismo. Pareciera que Muñoz trabajara con nuestra propia memoria... como aquel lejano instante en el que Orfeo volvió la mirada hacia atrás, hacia Eurídice, y la vio... por última vez. No, las imágenes no tienen alma, es Muñoz quien se las concede, o lo intenta.

La sombra de gente quemada por la incandescencia de la bomba atómica (USA), dejada sobre una pared en la ciudad —desaparecida— de Hiroshima (lanzada desde un bombardero estadounidense que llevaba el nombre de una mujer, el de la madre del joven militar que lo piloteaba). Ni siquiera son imágenes de la guerra, hechas de sangre seca, no, sino imágenes hechas de nada, de una nada ardiente, de ausencia pura, de espanto, dejadas allí por una luz venida desde la mismísima Creación, del lejano resplandor del origen (... “imágenes” anónimas, donde vemos a nadie, o a todos... estampadas ahí por otros nadie, militares, la guerra, un gobierno... Ya sabemos —lo dice Juan Rulfo—: *el gobierno no tiene madre*).

“Imágenes” como las de las cuevas de Altamira, pero salvajes. Hechas por nadie, anónimas, hechas por el hombre. Imágenes del nuevo tiempo, del paso incandescente del tiempo...

La imagen de alguien se ha demorado algo más en el espejo; o se trata tal vez de un espejo algo más lento que todos los demás. De seguro que son cosas de la muerte.

Como la lluvia tras la ventana, o la luz sola en un patio quieto... o una puerta de vecindario al fondo del largo y oscuro corredor, por el que una vez desapareció una madre, o nuestra infancia, en la dura luz de aquellos días. La de siempre.

Esos hombres y esas mujeres como manchas en sus “Cortinas de baño” me hicieron pensar alguna vez en el diario mexicano de la cárcel de Lecumberri de Álvaro Mutis, que por momentos nos conduce a la piedad, aunque ningún crítico siquiera lo haya notado, tal vez por ser una palabra que a los colombianos nos quema la boca.

“En medio de la niebla... de los baños” de la prisión “los cuerpos lastimados y desnudos”... que una vez “fueron libres”, olvidan por un breve instante “la humillante presencia del castigo” y dejan pasar la romería de “trozos de vida perdidos en el pasado ilusorio y por completo [lejano] de nuestra vida presente”. “Nunca vemos los rostros”... Por “entre el denso vapor que huele a sudor agrio y a desinfectante, desfila una corte de milagros sin más harapos que los de la carne” macerada...

El poeta Óscar Hernández escribió hace años una crónica en *El Correo* de Medellín sobre las estatuas heroicas en la ciudad, convertidas en muladares, mutiladas, desmanteladas, o cosas aún peores, no como la del príncipe Feliz de Wilde donde laten la bondad y el sacrificio, sino la noche canalla, que las brutaliza y despedaza porque representan algo del pueblo, algo de dolor, o esperanza:

—*¿Hace mucho le condenaron al bronce?*— le pregunta Óscar Hernández a la estatua.

—*Esto no es bronce*—le contesta—. *Soy un bloque de cemento. Antes sí fui de bronce.*

—*¿Antes de qué?*—le pregunta Óscar.

—*De que me pusieran una bomba y volara en pedazos por la plaza.*

“Aún después de muerto —dice Oscar Hernández— atentaron contra la vida de Gaitán. Una noche, gentes que siguen asesinando después de asesinado el sacrificio de la sangre, volaron el busto del caudillo.”

—*¿Recuerdan algo?*—le pregunta Óscar Hernández a un tendero que está junto al parque.

“Fue hace muchos años —le responde el hombre—, pero sí... la gente sabía que la iban a destruir y se puso en guardia muchas noches, pero cuando veían que no pasaba nada abandonaron la estatua del caudillo y se fueron a dormir.

—*¿Fue entonces?*

—*Sí, esa noche le pusieron una bomba y quedó vuelto trizas. Antes sí era perfecta la estatua; hoy no es tanto, pero sirve. Es el mismo caudillo. ¿No le ve el grito, en la boca y en las manos?*”.

—¿Qué más pasará? —se pregunta Óscar Hernández— ¿Qué otra afrenta entre las gentes que han sido algo entre nosotros?

—Muchas más —se responde.

Digamos que estas también son obras... políticas, *desinstalaciones*, obras conceptuales, públicas... menos inteligentes, menos finas y sutiles que las de Muñoz sobre el mismo caudillo Jorge Eliécer Gaitán. Bueno, al fin y al cabo son hechas con dinamita.

Una obra en donde la gente aparece y desaparece, no ya por la mano de Dios, como antaño, sino por la mano negra de la muerte sola, a secas, o por la del gobierno. “En Colombia hay cosas peores que la muerte”, le oí decir varias veces a doña Teresa Arango, cuando dirigía el Jardín Botánico de Bogotá, y lo decía como una condena, resignada y alerta, como un susurro, como una oración o algo así, como un lamento callado, rebelde, y por eso trabaja para el bosque del Jardín; con obras así como que sanaba esa realidad a la que aludía casi en silencio. Conocía muy bien el desplazamiento y la desaparición del pueblo colombiano, y sus motivos.

No son hombres cualesquiera los que están desapareciendo en la fotografía de los periódicos —*El País!*, *El Tiempo!*— de la obra “El testigo” en su serie “Impresiones débiles”. La violencia en Colombia es nuestra forma de hacer fortuna. De aquí, pienso yo, las impresiones tan débiles que hacen nuestros periódicos, “nuestros” medios de comunicación, “nuestras” instituciones oficiales, de lo que en verdad son —o deberían ser, por nuestra salud mental, social y moral— impresiones muy fuertes, indelebles. Pensaría uno que Muñoz no tiene espectadores, solo testigos, nosotros, que también empalidecemos? ¡Ojalá que no! Alabamos la fusión de técnicas de Óscar Muñoz, pero no su inteligencia, mucho menos su deslumbramiento, su verdad, su denuncia, humana, social, política... vital!

Óscar Muñoz lee nuestra suerte como si leyera imágenes del azar, y hace su obra con cartas del destino... nacional, como si se trata de un Tarot... marcado, manchado, adulterado por ciertas gentes, ciertas ambiciones, ciertas taras de una muy antigua lacra: la brutalidad, hermana gemela de la generosidad. ¡Ay, tan distintas!



El deslumbrante “fenómeno” de la memoria, no solo del universo afectivo —del que muchos están mutilados— sino también la memoria colectiva, sobre la cual se forma, además de nuestra psiquis, un país, una cultura... o se deshace, destruyendo la personalidad, minando lo que nos permite ser —a veces— humanos! No se trata de olvido, se trata de una enfermedad.

Imágenes que Muñoz hace sensibles, y que comprometen nuestra relación con la vida, con la ciudad, que igual afectan nuestra responsabilidad social, nuestra historia, nuestra intimidad...

El gobierno, como la muerte, oculta; Muñoz devela...

Su obra “Píxeles”, sabemos que no lo son —tan solo cubos de azúcar—, manchados del tiempo de vidas desaparecidas...

El cine ya no es cine, la fotografía tampoco es fotografía; lo que asombra en Muñoz no es su técnica, es su propio asombro, como el de un niño.

Dicen que a los mafiosos que se cambian el rostro la policía los reconoce no por el rostro que ya no tienen sino por los vicios, ellos son su verdadera identidad; un rostro es lo de menos. Desde niños les enseñamos que la identidad no existe.

“Sopla una tempestad desde el Paraíso”, dijo Walter Benjamin, como un vigía. Ya se podrán imaginar lo que pasa con nosotros... que somos de ceniza!

Muñoz es como un espejo memorioso.

En Colombia somos ya una ausencia.

La arquitectura de nuestras vecindades, empañada de sombra e intimidad, como ropa usada, tan personal como un saco viejo, unos zapatos...

Eran fotos tan efímeras como nosotros, desvaneciéndose; esa es la precariedad que hay en estas imágenes; el tiempo pasado, pasando, como un incierto futuro; un ser amado y otro desconocido.

Y así también “nuestra” historia, una traición permanente, eso es lo que vivimos, los que aún vivimos (nos corrige el eco), esa tenue llama que nos ilumina por instantes, antes de envolvernos con su sombra, la sombra de quienes manejan nuestros destinos, si acaso estos son destinos, nuestras vidas, nuestro tiempo, mientras el dios que llevamos dentro se pierde, se hace humo, quemazón; no soporta tanta debilidad...

Recuerdo un letrero en mi barrio que decía: “Se hacen fotos instantáneas — en solo 15 minutos”, pero el largo “i n s t a n t á n e a s” al que aludía el letrero no era el tiempo del laboratorio fotográfico, sino a tu propia vida!

Somos polvo, somos sangre, somos cenizas, somos... tiempo. ¡Da igual!

Lo que llamamos “el conflicto colombiano” no es más que nuestra manera de concentrar y acrecentar riquezas, para unos, y de sembrar infortunio... en otros, los más, por supuesto: despojamiento violento, sistemático, brutal... de las tierras campesinas (de la gente del bosque, de los esclavos de la ciudad...).

Aquí confundimos el progreso con los metales y las carreteras, que las hacemos sobre huesos humanos. Y el progreso —bueno, el crecimiento, porque progreso, al menos humano, no hay— es un “progreso” con un densa estela de miseria, cuyos aullidos no escucha nuestra sordera moral. De tanto “progreso”, ya en Colombia tenemos el corazón medio podrido. Como decía Jorge Zalamea: ... *no sienten el hedor?* Aquí no hay arte, poesía ni historia, solo exhumaciones.

¿Qué decir de los promotores de “la violencia en Colombia”? De quienes han pagado por ella y han sacado de toda esa sangre enormes ganancias que todos envidian. Qué decir de esa gente, responsables de algunas imágenes con las que trabaja Muñoz. Solo puedo acordarme de un relato de Óscar Wilde que contaba don Alfonso Fuenmayor:

“En ciertas circunstancias, acaso en un duelo, un caballero que había amasado descomunal fortuna en actividades que no recuerdo, quizá porque a ellas no aludió Wilde, había perdido un ojo. El magnate acudió a un especialista para que le hiciera un ojo artificial que en nada se diferenciara del otro, que le era, y así lo reconocía, de verdadera utilidad. Se esmeró tanto el especialista en realizar el encargo que se le había hecho, que el ojo por él fabricado en nada, absolutamente en nada se distinguía del natural. En la cuenca, hasta entonces vacía, el potentado puso el ojo artificial, que inerte y fantasmal empezó a “mirar” el paisaje, las calles, las vitrinas, las hermosas mujeres, los cuadros de los museos.

Encontrándose en una ocasión en compañía de unos amigos que cordializaban más a medida que consumían más champaña en el establecimiento en que a sus anchas departía, cuando se acercó un mendigo que consigo transportaba toda la dignidad de un auténtico “clochard”. Eufórico, el millonario ofreció darle una limosna más alta de la que generalmente se otorgaba si el vagabundo acertaba a decirle cuál de los dos ojos que él lucía en su cara era el natural. Podía tomarse el tiempo que quisiera antes de adoptar una decisión que sería definitiva. Después de hacer un examen concienzudo, el pobre hombre dijo señalando un ojo:

—El ojo natural, señor, es el izquierdo.

El ricachón se sonrió. El hombre se había equivocado. El ojo izquierdo era el artificial.

—Acaba usted de perder —sentenció el magnate. Y ofreciendo una prueba contundente, ahí mismo se sacó el ojo de porcelana y lo retornó al puesto que habitualmente ocupaba. El millonario, que ahora estaba todavía ufano de su ojo artificial, preguntó al vagabundo qué lo había llevado a decidir que el ojo izquierdo, y no el derecho, era el artificial. El interrogado contestó:

—Fue ese el único en que distinguí un destello de piedad.”

Óscar Muñoz deja entrar el tiempo a la fotografía, como quien le abre la ventana al viento... en una habitación fantasmal. El viento y el tiempo soplan por igual. Digamos que Muñoz deja entrar la muerte al arte. Como las esculturas —abstractas— de Eduardo Ramírez Villamizar, que rehusó pintar —consciente ya de la muerte— para que viéramos cómo lentamente las oxidaba el tiempo; o el viento, cósmico en su caso.

La realidad hecha reflejo, el reflejo hecho imagen, la imagen hecha dibujo, el dibujo hecho materia, la materia... vida... entregada a la muerte: imagen fantasmagórica que se descompone en el tiempo, como tú y yo. Muñoz ha hecho aparecer la imagen... para que la veamos desaparecer, como la imagen de nuestros padres tatuada en la piel del tiempo.

Dice Fernell Franco, un fotógrafo que nos duele haber perdido:

“Mis padres huyeron de la violencia de los años cincuenta, que no era una violencia distinta de la de ahora. Mi padre era liberal en un pueblo conservador y por eso salimos... de allí, dejando todo... vi cosas terribles hasta llegar a Cali. Vivíamos a las afueras de Sevilla y mi madre, para salvarnos, cuando atacaron la casa, nos sacó corriendo...”.

#### **42.**

Creo que el cuento es de Somerset Maugham, donde un hombre común y corriente, viejo y solitario, se levanta de su cama una mañana cualquiera, abre la ventana de su habitación que da a una tumultuosa calle, algo desayuna, se lava como un gato y a medio vestir se afeita ante el espejo del lavamanos, como lo ha hecho durante años.

Somerset lo observa arreglarse, terminar de vestirse, tomar las llaves, descender la estrecha escalera del viejo edificio, en cuyo altillo vive, y salir a la avenida, en donde antes de perderse entre la multitud, Somerset lo mira de espaldas, por última vez, y piensa: “Si supiera que solo yo me ocupo de él”.